

El Renunciamiento

La escena representa un cuarto-taller. En el fondo esculturas completamente cubiertas por lienzos.

Personajes: **El Maestro**, un ser ta-
oiturno, que a los cuarenta y cin-
co años tiene los cabellos comple-
tamente blancos. **El Discipulo**,
un adolescente de frente elevada
y ojos inspirados. **La Madre**.

EL MAESTRO Y EL DISCIPULO

(EL MAESTRO *deja en su caja el violín y el arco. Acaba de tocar una composición inédita, como todas las suyas, de una tristeza y una amplitud infinitas. Algunos momentos de silencio bajo la impresión de la música escuchada. Las palabras del diálogo que comienza son pronunciadas como con esfuerzo, cual si el espíritu de la música les hubiera alejado del instante y del lugar. Los movimientos son igualmente lentos y graces, especialmente los del MAESTRO, que parecen espiritualizados*).

EL DISCIPULO (*Como para sí mismo*) ¿Será necesario vivir largamente o dolorosa e intensamente para sumar un día de instantes como éste? (*Larga pausa*)... Y las flores parecen morir en su vaso de cristal. ¿Se condenan las flores arrancadas a la planta?

EL MAESTRO—No, siguen su vida hasta agotarse. ¿Nos niegan acaso su perfume? (*pausa*).

EL DISCIPULO—(*pensativo*) ¿Cuánto habréis vivido para componer esa música!

EL MAESTRO—Quizá no he vivido sino como viven las sombras. Pero he vagado largamente por el mundo...

- EL DISCIPULO — Habréis sentido hondamente los vaivenes de este vivir...
- EL MAESTRO — He visto aparecer y desaparecer y reaparecer infinitas veces el sol, y con él ¡tantas cosas en el mundo! y tantas ¡tantísimas en mi mente! Algunas han muerto ya.
- EL DISCIPULO — (*pensativo otra vez*) Sí, lo sé. Vuestra música me lo dijo.
- EL MAESTRO — Otras van a morir muy presto, como las flores en el vaso de cristal...
- EL DISCIPULO — También lo sé. Arrancadas de vuestro espíritu se conservan y exhalan su perfume por algún tiempo, antes de morir. Y vos ¿asistís y cantáis su muerte?
- EL MAESTRO — Con más dolor que la planta a la cual arrancaron sus flores...
- EL DISCIPULO — No os quejáis...
- EL MAESTRO — (*sonriendo*) ¿Se pierde acaso lo que yo pierdo? Mis ojos ciegos casi, apenas ven la luz ¿He de llorar por la luz? ¡Si se vierte a raudales por el mundo! Y mis pupilas... ¡si las sabía mortales! En cuanto a las cosas espirituales que se han ido de mi mente, yo lo sé: hay otras mentes en el mundo. Lo que muere hoy, renacerá mañana. Lo que muere en un hombre, surgirá en otro hombre.
- EL DISCIPULO — Sin embargo, vos cantáis lo que no está en vos.
- EL MAESTRO — Sí, como el fantasma de algo que me fué querido, que me fué necesario, y al que hoy... ¡he debido decir adiós!
- EL DISCIPULO — Con tristeza infinita...
- EL MAESTRO — Con agradecimiento infinito también... (*pau-
sa*) Voy quedando solo...
- EL DISCIPULO — Es verdad. No tenéis familia.
- EL MAESTRO — (*pensativo*) Tenía hijos...
- EL DISCIPULO — (*con interés*) ¿Hijos? ¿vos?
- EL MAESTRO — (*pensativo*) Pero voy quedando solo.

- EL DISCIPULO — No os comprendo.
- EL MAESTRO — No eran hijos de carne. No alcanzó mi tiempo a formar vínculos terrenales.
- EL DISCIPULO — Comprendo. Despreciasteis los afectos que lo común de los hombres aprecian.
- EL MAESTRO — (*sonriendo*) Acaso yo mismo no lo sé. Pero... sustentaba a otros hijos. Y mis hijos me absorbieron. Les di mis alegrías. Les di el descanso de mis noches, el vigor de mi mente, el rayo de mi genio ¡y la luz de mis pupilas y el color de mis cabellos!
- EL DISCIPULO — Conozco a vuestros hijos: eran hijos de belleza.
- EL MAESTRO — (*con tristeza*) Bien decís: *eran...*
- EL DISCIPULO — ¿Qué fueron?
- EL MAESTRO — Imaginé inmortalizarme en ellos... Pero yo tengo un enemigo: la sombra que se apodera de mis ojos, la debilidad que se apodera de mi cuerpo.... Y mis hijos eran fuertes. Cada uno de ellos exigía toda mi salud, mis fuerzas todas ¡y hasta el esplendor total de mi genio!
- EL DISCIPULO — ¿Qué hicisteis?
- EL MAESTRO — Por un instante odié la vida. Después reflexioné. Comprendí que mis hijos crecían en juventud y en fuerza. Comprendí que existía entre ellos una rivalidad de jóvenes atletas.... Comprendí que no pudiendo vencer todos de mis escasas fuerzas, lucharían. Imaginé esa lucha.... Lucha de hermanos ¿a quién perturba sino al padre? Junté mis fuerzas para imponerles paz. Mas, comprendí que la paz era imposible.... Entonces....
- EL DISCIPULO — ¿Entonces?
- EL MAESTRO — Entonces, los maté.
- EL DISCIPULO — ¿Qué decís?
- EL MAESTRO — Sí, yo les había dado vida, yo les di muerte. Un día... Todavía mis ojos veían el cielo radiante y la luz esplendorosa.... un cálido día coloqué a mis hijos en línea bajo el raudal de luz del sol. Yo los

contemplaba. Contemplaba su belleza... ¡Ya no existen! (*Volviéndose al discípulo*) Oh Marco, oh hijo mío, aquellos hijos de mi alma aparecieron en toda su hermosura, a la luz del medio día. Eran blancos y puros..., Pero aun faltaba darles perfección. Eran bellos, no inmortales. Yo ansiaba hijos de belleza inmortal. Y larga parte de mi vida había gastado en crear la perecedera belleza de los hijos de mi alma. ¿Qué hacer, Marco, hijo mío? ¡Yo los fui sacrificando uno a uno en aras de la belleza inmortal! Sí, los fui sacrificando. Murió primero el menos bello pobrecito! Y miré entonces con más cariño a los demás. Suenmbió el segundo y el tercero.... Restaban los más bellos: los más amados. Medí mis fuerzas. Murieron muchos más.

EL DISCIPULO—¡Y los amabais, sin embargo!

EL MAESTRO—¿No habéis dicho que lloro por ellos, que canto lo que no está en mí? Los fantasmas de mis hijos aparecen en mis tardes de soledad... Me dicen cosas extrañas de la vida que no fué.... Yo extendo los brazos hacia ellos... y se van. (*Pausa. Pronuncia muy lentamente las palabras que siguen*) Y voy quedando solo. Y las sombras me invaden. Y se acerca la muerte. ¡Y no existe mi hijo inmortal! (*Pausa. El MAESTRO queda con la mirada perdida en el vacío.*)

EL DISCIPULO—(*Gravemente, acercándose al MAESTRO*) Oh MAESTRO, vuestro hijo, el último, el perfecto, el inmortal, existe. Yo lo sé.

EL MAESTRO—(*Vicamente*) ¿Lo sabéis?

EL DISCIPULO—Vuestra música lloró por la muerte de vuestros hijos mortales. Pero anunció también, solemnemente, el advenimiento de vuestro último hijo, el inmortal. (*pausa*) ¿Osaríais negar lo que la música anunció?

EL MAESTRO—(*Sençillamente*) No.

(*Pausa*)

EL MAESTRO—¿Marco?

EL DISCIPULO—¿Maestro?

EL MAESTRO—Yo soy el padre de mi divino hijo. Soy la idea generadora de su posible realidad. Soy su creador...

EL DISCIPULO—¿Y bien?

EL MAESTRO—Mi vida declina. Mis fuerzas se agotan. La luz huye de mis ojos. Mi hijo necesita sustento, fuerza, vida. ¿Quién podría dársela? Soy su padre y he agotado mi vida en su creación. ¿Quién se sacrifica por los hijos cuando el padre ha muerto? Solo una madre. Mi hijo debe ser tan hermoso, tan perfecto, tendrá tantos derechos a la inmortalidad, que su existencia exige el sacrificio de un padre y de una madre. De un padre en cuya mente existiera la idea engendradora y de una madre que a expensas suyas, lo nutra y lo modele en belleza. Sacrificio de dos seres. *(Pausa)*. Hace mucho tiempo que he pensado en esto: al padre y a la madre de mi hijo debe unirlos un mismo amor soberano: el amor de la belleza. ¡Y yo dudaba de que mi hijo encontrase quién quisiera modelarlo en perfección a expensas suyas! Hoy...

EL DISCIPULO—*(Interrumpiendo)* ¡Maestro!

EL MAESTRO—*(Interrumpiendo)* ¡Marco! ¿Tú amas la belleza?

EL DISCIPULO—Maestro: ¡Sí!

(Se arrojan uno en brazos del otro y permanecen inmóviles, abrazados. Larga pausa)

EL MAESTRO—Marco: jura que te sacrificarás por *nuestro* hijo.

EL DISCIPULO—Maestro: ¡juro!

EL MAESTRO—Tu vida y tu alma por completo.

EL DISCIPULO—¡Por completo!

EL MAESTRO—Le darás tus alegrías, el descanso de tus noches, el vigor de tu mente, el rayo de tu genio; y la luz de tus pupilas y la frescura de tu juventud.

EL DISCIPULO—Se las daré. ¡Yo lo juro por la belleza que amamos!

EL MAESTRO—Jura que mientras nuestro hijo no sea inmortal sacrificarás cuantos hijos espirituales pueda crear tu mente.

EL DISCIPULO—Maestro: ¡juro!

EL MAESTRO—(Que ningún afecto terrenal te apartará del amor de nuestro hijo.

EL DISCIPULO—¡Jamás, ninguno!

EL MAESTRO—Marco, gracias. Nuestro hijo será inmortal.

(Pausa)

EL MAESTRO—Ahora, Marco, debes verlo. (*El Maestro se dirige al fondo y levanta el lienzo que cubre un pequeño boceto*) ¡Míralo! Es Ulises asombrado en presencia de Nausicaa.

(Pausa. Marco se arrodilla y contempla el boceto)

EL DISCIPULO—¡Oh hijo nuestro, señalado entre todos! Viviré por tí y para tí hasta que los hombres puedan contemplar un día tu belleza inmortal! Mis ojos y mis manos se consumirán en tu obra. ¡Pero vivirás, yo lo juro! ¡Vivirás! y tu existencia alegrará a los hombres y los hará pensar en las inefables bellezas de la vida!

ENTRA LA MADRE

LA MADRE—(*Se acerca al Discipulo y quiere abrazarlo. El la rechaza*) ¡Te vuelvo a ver, te recobro al fin, después de interminable angustia, hijo querido!

EL DISCIPULO—(*Con frialdad*) He dejado de serlo.

LA MADRE—Marco ¿no me oyes? vengo por tí. Te he buscado por todas partes, de día, de noche, sin descansar, consumida por el deseo de encontrarte o de morir. ¡Qué angustia de no hallarte, de perderte para siempre! (*Se sienta y se oprime la frente con las manos*) Creía enloquecer. (*Con terror*) ¡No quiero recordarte, dolor mío! Mi desesperación no gritaba con gritos, ni lloraba con llanto, ni sangraba con sangre. ¡Era muda como son los dolores inconsolables! Y sin embargo, en un alarido de mis entrañas, de mi amor de madre abandonada, en un alarido silencioso de sobrehuma-

no dolor, he atravesado las calles de la ciudad, he atravesado los campos, buscándote, Marco. ¡Y nadie adivinaba ni comprendía mi angustia! (*Extremeciéndose*) ¡Ah, no quiero recordar mi dolor! (*Serenándose*)

Pero ahora mi pasión ha terminado. ¡Qué feliz soy! Mis ojos te miran y se recrean en tu vista. ¡Habla, Marco, habla para que mis oídos escuchen tu voz!

EL DISCIPULO—Madre, a qué hacemos ilusiones....

LA MADRE—(*Interrumpiendo*) ¡Oh día feliz en que he encontrado a mi hijo! ¡Mira, Marco, que quietud en el ambiente, qué angusta calma! El cielo va tornándose oscuro ¡pero cuánta belleza, cuánto misterio! (*pausa, animándose*) Y tú, Marco ¡qué hermoso estás! Tu belleza me asombra y me enorgullece. Pero... (*con repentino temor*) ¡no me mires así!

EL DISCIPULO—Necesito decirte...

LA MADRE—(*Interrumpiendo*) ¡Seremos tan felices! La vida en nuestra casa será un milagro de felicidad. Pero ¡qué extraña es tu mirada! ¡Pareces una estatua! (*retrocediendo*) Marco ¡me das miedo!

EL DISCIPULO—(*Al Maestro*) Es mi madre, es verdad. Pero tú lo sabes, Maestro: murieron mis afectos terrenales. Sus palabras no me conmueven. Sólo importa nuestra obra. (*A la madre*) Sábelo, madre; mi destino es realizar una obra de belleza tal, que absorbe ya mi vida. No me hables de tristeza, no me hables de dolor. Yo quiero vivir en la alegría de la creación de esa obra. Quiero vivir bajo el sol radiante, bajo el cielo azul, coronado de rosas. Es necesario que mi vida posea la alegría divina y la belleza eterna que he de plasmar en mi obra. Quiero amar la vida. Quiero producir belleza. Y a tu lado sería imposible. (*Con vehemencia*) Déjame, madre. ¡Vete! Nada puedo hacer por tí. Te he renunciado. Vive tu vida. ¡Sobrellévala! Yo tengo que seguir un camino distinto al tuyo. Distinta misión a la que imaginas he de cumplir.

LA MADRE—¿Qué dices? Oh Dios, ¡no comprendo! Mi hijo no ha dicho lo que yo he escuchado....

EL DISCIPULO—(Con firmeza) Madre: vete.

LA MADRE (Con desesperación) ¿Me rechazas?

EL DISCIPULO—¡Sí!

LA MADRE—(Con vehemencia) ¡No! ¡Un hijo no puede rechazar a su madre! Sería un crimen espantoso. ¡Mi hijo se avergüenza de mí! (Insinuante) No, Marco, eso no puede ser. ¿Tú no comprendes que eso no puede ser? Tú mismo no podrías tolerarlo. Concluirías por tener piedad de mí; por volver a mi amor. Porque tú no ignoras lo que he sufrido por tí. Y tú eres bueno. Y no puedes hacer eso que dices...

EL DISCIPULO—He jurado hacerlo. No faltaré a mi juramento.

LA MADRE—Y bien; no faltarás. Me quedaré contigo. Te serviré ¡y qué felices seremos! Harás una gran obra, serás dichoso ¡Y yo a tu lado siempre!

EL DISCIPULO—No, madre, tampoco. Es imposible. Tendré un solo pensamiento y un solo amor.

LA MADRE—¡Ingrato! ¡Cruel! Jamás creí haber dado el ser a una criatura de corazón tan duro! (pausa) Marco, ¡ablándate! ¡no me hagas sufrir así! (pausa) Oyes mis palabras, Marco, y permaneces mudo. ¡Las palabras no saben expresar la intensidad de mi dolor! Si vieres mi corazón desesperado ¡tendrías compasión!

EL MAESTRO—(Que ha permanecido silencioso y pensativo, para sí mismo) Uno tras otro les di muerte. Quedaba uno... Y ¿qué importa? Acaso sólo mi vanidad imaginó su belleza...

LA MADRE—De rodillas, Marco, te pido: ¡déjame permanecer a tu lado! (arrodillándose).

EL DISCIPULO—(Tapándose el rostro con las manos) No insistas, madre. No desgarras mi corazón...

LA MADRE—(Con vehemencia) ¡Tú has desgarrado el mío! ¡El mío, que te dió el ser!

EL DISCIPULO—¿Me lo diste acaso para obligarme un día a renunciar a mi vida? Ya no soy tuyo.

EL MAESTRO—(Para sí mismo) Bien presentía que se uniría a los otros... a los que ya no existen...

LA MADRE—(Al MAESTRO, Señor: vos que lo amáis, vos, a quien el cree y quiere: decidle lo que para los padres es perder un hijo... Lo que para nosotros representan nuestros hijos... Os lo pide una madre.

EL MAESTRO—(Para sí mismo) Lo que es perder un hijo... el último hijo... el más amado.... ¿Cuál es el bien? ¿Dónde está el mal?

LA MADRE—(Insistente) Yo necesito a mi Marco. ¡Devolvedmelo!

EL MAESTRO—(A la Madre, con firmeza) Irá con vos. Os lo prometo. Vuestro hijo por mi hijo inmortal. Pero ¿qué importa?

EL DISCIPULO—(Al Maestro) ¡Jamás, jamás! Maestro, ¡no nos condenes a perecer en nuestra obra!

EL MAESTRO—(Sonriendo) Y bien, Marco, la vida nos ha ofrecido un bello instante de emociones superiores cuando soñábamos hacer una obra inmortal. ¡Quién sabe si la hubiéramos realizado! (Destruye el boceto) ¡Mira! (Contemplando los pedazos) Nada queda que hacer. La hora de separarnos ha llegado. Adiós.

EL DISCIPULO—(Anonadado) ¡Has deshecho mi vida!

EL MAESTRO—Nada debe separar a un hijo de su madre.

EL DISCIPULO—Muerta esa esperanza, todo es lo mismo (A la madre) Vamos. (Al Maestro) Adiós.

(El Discipulo y la Madre se van. EL MAESTRO solo. Un instante de silencio).

EL MAESTRO—(Contemplando aún los pedazos) Es tarde ya... y sin embargo... aun tengo que componer otra canción....

Mercedes Daus